

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

Ausencia de futuro: la juventud colombiana

*Rodrigo Parra Sandoval**

El agotamiento del modelo modernizador, la crisis crucial que afecta a la familia y las fallas de las instituciones políticas y educacionales colocan a los jóvenes colombianos en una situación de aislamiento caracterizada, a juicio del autor, por pocas posibilidades de participación política, un futuro de desempleo o subempleo, una educación de baja calidad que no entusiasma y que no asegura ni empleo ni movilidad social, y una sociedad sin un modelo claro de futuro en que ellos puedan insertarse. La juventud se enfrenta además a un caos de valores generado no solamente por la sucesión muy rápida de tres situaciones sociales (sociedad rural, sociedad moderna y sociedad sin modelo) sino también por la aparición de formas organizadas vinculadas a ella como la economía subterránea, la organización económica de la droga o la dependencia de ella, la corrupción en el mundo financiero y administrativo y las visiones consumistas presentadas por los medios de comunicación de masas.

Se produciría así una sensación de marginación tanto económica como cultural, un vaciamiento del concepto de juventud derivado del modelo de modernización y una peligrosa aproximación a una situación de anomía social. La dificultad que estas circunstancias crean para pensar en un futuro personal o grupal y planificar un curso vital, es lo que constituye la ausencia de futuro de la juventud actual.

Estos rasgos generales el autor los analiza con mayor profundidad en tres áreas: el trabajo, la participación política y las migraciones.

*Con la colaboración de Bernardo Jaramillo. El autor es consultor de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Esta es una versión sintetizada y actualizada del libro del mismo título publicado por el autor en Bogotá, en 1985.

I

Juventud y desarrollo

Desde un punto de vista sociológico, la juventud se concibe como un fenómeno variable, que puede existir, no existir, o darse en formas diversas, según sea una sociedad, o momentos diferentes de una misma sociedad, o grupos distintos dentro de una misma sociedad en un momento determinado. La juventud es un concepto cultural de origen histórico, que puede tener un auge y un repliegue. Para el caso colombiano, el concepto de juventud es de origen bastante reciente, y coincide con otros conceptos ligados a la forma de desarrollo urbano industrial, como "modernidad" o "movilidad social", "urbanismo", "marginalidad", "empresa" o "empresario". Todos ellos tuvieron la misma génesis histórica y evoluciones similares, aunque con características propias.

El concepto de juventud generado por el modelo urbano industrial de desarrollo se basa en una transformación de las relaciones existentes entre la familia y el trabajo en lo que se refiere al proceso de socialización. La transformación se produce al encomendarse la socialización a la educación concebida como medio de formar mano de obra para el nuevo modelo de vida urbana, para las ocupaciones que requieren un cierto grado de calificación media especializada, o para las posiciones superiores, con calificaciones de nivel universitario. En los años inmediatamente anteriores al comienzo de aplicación del modelo de modernización, la educación se reducía a un grupo muy pequeño, e incluso la educación primaria era extremadamente restringida: por ejemplo, en 1940 en Colombia existían solamente 2 990 estudiantes universitarios; en 1980, la matrícula en educación superior llegaba a 180 000 alumnos.

Para la mayoría de los colombianos, antes de la adopción del modelo modernizador, la relación entre familia y trabajo era prácticamente directa: se trabajaba en el seno de la familia o se pasaba de la familia al trabajo sin intermediaciones. Es decir, la juventud, si la había, era muy reducida en términos de duración, y solamente grupos muy restringidos gozaban de un período intermedio amplio y significativo. Este fenómeno cambió con la expansión escolar y con los programas de democratización de la educación.

Sin embargo, la expansión de la escolaridad y la consecuente redistribución de la juventud no se llevó a cabo por igual para todos los grupos: mientras que para buena parte de los grupos campesinos la juventud puede terminarse a los diez años, cuando se pasa de la familia y de algunos años de escuela al trabajo, para grupos urbanos de clase media y alta la juventud puede fácilmente prolongarse hasta los veinte o veinticinco años.

Estos cambios están asociados tanto a la rápida expansión del modelo modernizador como a su corta duración (alrededor de dos décadas y media) y a su debilitamiento temprano. El proceso de modernización que ha experimentado el país ha sido extremadamente acelerado, y si bien ha empezado a languidecer muy rápidamente, ha producido, por una parte, cambios muy significativos, y por otra, una situación de perplejidad social ante el futuro súbitamente incierto. Es necesario considerar que Colombia, de ser una sociedad rural, organizada sobre la base de la hacienda de baja productividad, con una manufactura nacional incipiente, con el 71% de su población en áreas rurales, con el 87% de su población en ciudades menores de 200 000 habitantes en 1938, pasó a tener una economía urbana con fuerte peso del empleo terciario y una población urbana del 61% en 1973, mientras el número de habitantes se triplicaba en esos treinta y cinco años: de 8 700 000 a 25 500 000.

Más allá de los problemas de la redistribución diferencial de juventud entre grupos, especialmente entre campesinos o habitantes del campo, marginales urbanos y clases medias y altas urbanas, se está presentando a partir de la década del setenta un agudo fenómeno general de vaciamiento del concepto de juventud, debido al comienzo del agotamiento del modelo de modernización. Al mismo tiempo, la familia, especialmente la campesina y la marginal urbana pero también la integrada urbana, ha perdido buena parte de su capacidad de socializar a las nuevas generaciones, y el mundo del trabajo se ve en dificultades para ofrecer empleo a los jóvenes. La educación, entre tanto, se ha debilitado como puente entre la familia y el trabajo, se ha estratificado, diferenciado, devaluado, rebajado su calidad, y de alguna manera está desempeñando un papel marginalizador.

Esta situación se enmarca en la ausencia de

un nuevo modelo de sociedad y de desarrollo que reemplace o revigore el modelo urbano industrial. No se observa una tendencia clara ni un camino, ni para las instituciones sociales que tienen que ver más directamente con la juventud, como la familia, la escuela y el trabajo, ni para la sociedad en su conjunto. Tales fenómenos contribuyen a crear una ausencia de futuro para la juventud, una dificultad para pensarse en términos de un plan con visos de realidad o de "utopía realizable".

Una serie de circunstancias confluyen para crear esta situación, y para entenderla parece fundamental hacer un recuento somero de los factores que la componen. Indudablemente, hay que aludir en primer término a la rapidez del proceso de modernización, que se inició en los años cincuenta en una sociedad rural y que la transformó en menos de tres décadas en una sociedad básicamente urbana e industrial. Sin embargo, la misma rapidez del proceso no permitió su decantamiento, y dejó en coexistencia una diversidad de culturas y de diferencias de desarrollo regional que conformaron un archipiélago de desigualdades, especialmente en lo que tiene que ver con la transición desde la vivencia del mundo como un vecindario, típica de la sociedad rural, hacia la idea de nación y hacia el entendimiento del hombre en el marco internacional. Posteriormente, en la tercera década del proceso de modernización urbano industrial, empiezan a sentirse signos agudos de su agotamiento y de la ausencia de un nuevo modelo que reemplace al que implantó la modernización.

El proceso anterior puede caracterizarse de la siguiente manera, en las diferentes esferas de la estructura social y en sus consecuencias más importantes para la juventud colombiana actual:

a) La transición demográfica, expresada en altas tasas de natalidad en las décadas pasadas, desemboca a finales de los años setenta y en los ochenta en la presencia de un fuerte contingente de población joven. Este fenómeno aparece precisamente en el momento en que se empieza a agotar el modelo modernizador y se dan altas tasas de desempleo y subempleo.

b) Se siente también en este momento una conjunción de elementos que permiten hablar de una fuerte crisis intergeneracional, especialmente en cuanto al papel de la familia como socializadora de los jóvenes. Esta crisis o disminución del

contacto y de la transmisión de las bases culturales de la sociedad de una generación a otra se enmarca dentro de los siguientes parámetros: la diferencia de educación, que hace a los padres menos aptos para guiar a los hijos en sus labores escolares y en la comprensión de los fenómenos sociales, aptitud que tiene que ver con los hábitos de análisis o con la información que da el sistema escolar; la inferior capacidad de los padres para entender el mundo urbano y cosmopolita de la sociedad colombiana modernizada, debida a su extracción rural o semirural y a la mayor experiencia urbana de los hijos; la pérdida de prestigio de las ocupaciones paternas, o su desaparición en una economía mayoritariamente urbana; el conflicto intergeneracional de valores en torno al prestigio de las nuevas ocupaciones; la menor socialización de la juventud por parte de los padres, especialmente en los estratos bajos y marginales, debido al trabajo de la mujer, y sus consecuencias de pérdida del contacto entre padres e hijos; la aparición de nuevas formas de organización familiar en la generación de los jóvenes, que empiezan a formar uniones conyugales, y los conflictos de valores que éstas crean tanto entre generaciones como entre los sexos, debido al choque entre la persistencia de formas de ver la relación matrimonial originarias de la sociedad rural o premoderna y las necesidades o urgencias económicas que plantea a la pareja una sociedad urbana en la que se empieza a agotar el modelo modernizador (A este respecto, hay que considerar también que están surgiendo adaptaciones organizativas de familiares o de coterráneos, que toman formas semejantes a los clanes, y que están contribuyendo a crear nuevas formas de solidaridad).

c) De las formas adscriptivas de pertenencia política partidaria anteriores al proyecto modernizador se ha pasado, por oposición generada en buena parte por el Frente Nacional, a una organización clientelista ligada a la expansión del poder económico del Estado y de la burocracia. La mayoría de la población, y muy especialmente la población joven, ha llegado a una participación nula en el proceso político, y a una sensación de impotencia y desinterés por los asuntos políticos. Esta situación ha sido inducida por la ausencia de partidos políticos modernos que propicien la participación sobre la base de programas para la sociedad. Los llamamientos a la adscripción par-

tidaria ya no mueven a una juventud que no creció en esta práctica, y se llega así a una escisión de la vida política en que los aparatos partidarios responden a unas formas de funcionamiento que no tienen ningún atractivo real para la juventud y muy poco arraigo en la realidad nacional.

d) La expansión del sistema escolar, que significó durante el proceso modernizador extender la educación más allá de las élites, produjo también una exclusión de buena parte de la población, exclusión que trae consigo una mayor debilidad para los que la sufren en un mundo urbano moderno. A la vez, con el inicio del agotamiento del modelo modernizador, se produjo una exacerbación del carácter estratificado de las instituciones educativas y de los tipos de programas o currículos, lo que implica también una discriminación contra los que no estudian en las instituciones o programas "adecuados". El concepto de movilidad social sufrió un duro golpe con la crisis de la modernización, debido a que se ha debilitado la relación entre educación y empleo y entre educación e ingresos. Esta situación se muestra con especial intensidad en los programas de educación técnica media y en algunos programas de nivel superior. Es decir, la política de diversificación educativa no responde ya al modelo de desarrollo, o mejor está entrando en crisis conjuntamente con el agotamiento del modelo modernizador. Igual cosa sucede con las políticas educativas vinculadas con las teorías de los recursos humanos o basadas en el capital humano. La relación entre educación y empleo se debilita y se convierte en una fuente de aspiraciones frustradas.

Por otra parte, con la masificación, la calidad de la educación se ha deteriorado, y las políticas educativas de tipo pedagógico moderno han sido desplazadas en la práctica por la urgencia de la aplicación de políticas educativas que produzcan empleo, con consecuencias nefastas para la calidad de la educación. En vez de un hombre participativo, crítico y creador, se está formando un hombre con una concepción autoritaria de la sociedad. Se educa a la juventud para que desempeñe determinadas tareas específicas y no para que pueda entender una totalidad social, científica o humanística. La relación pedagógica, condicionada por las urgencias de la generación de empleo, está produciendo una visión dogmática del conocimiento y obstaculizando la creación de

un espíritu científico. Pero, sobre todo, la educación colombiana ya no se corresponde con la nueva situación que vive el país. Ante el incremento del desempleo y del subempleo de los educados, la función más importante que está empezando a cumplir la extensión o incremento de los años de educación es la de mantener por más tiempo una buena proporción de la población joven fuera del mercado de trabajo.

e) Los servicios del Estado o las iniciativas

privadas son muy restringidas en cuanto a asistencia médica para los jóvenes, a programas recreativos o a formas organizativas que fomenten la solidaridad y el sentido de pertenencia.

Se presentan en seguida tres aspectos de la situación de la juventud colombiana que muestran tanto su relación con la ausencia de futuro como las formas de su participación y de su marginación: el trabajo, la participación política y las migraciones.

II

La juventud y el mundo del trabajo

Se analizarán cuatro aspectos de la vinculación de la juventud al mundo del trabajo: la participación de los jóvenes en la población económicamente activa, la distribución de los ocupados por sectores de la economía, el desempleo de los jóvenes y la relación entre educación y desempleo.

1. Los jóvenes en la población económicamente activa

A principios de la década del setenta, la proporción de jóvenes en la población económicamente activa (PEA) llegaba al 28.4%; a mediados de la década era del 36%, y en 1980 constituía el 40.7% (DANE, 1981).

Las diferencias de participación de los jóvenes en la PEA, considerando la urbana y la rural y hombres y mujeres, son por demás interesantes: la participación femenina es mayor que la masculina tanto en 1971 como en 1981 y tanto en la PEA urbana como en la rural. Por otra parte, la proporción de jóvenes en la PEA urbana ha sido mayor en ambas fechas, con excepción de la proporción de hombres en 1971, que era inferior a la de hombres en la PEA rural. También es notoria la tendencia al incremento de la proporción de jóvenes en la PEA, especialmente en la PEA urbana; la rural permanece prácticamente igual, especialmente para las mujeres.

La tendencia general es entonces hacia el crecimiento de la participación de la población joven en la PEA, concretamente en la PEA urbana,

ya que, como se dijo, su participación en la PEA rural tiende a estabilizarse. Las características educativas de la PEA para 1980 dan cuenta también de las enormes diferencias entre lo urbano y lo rural. En la zona rural el 62.1% de la PEA total tiene educación primaria, el 9.1% secundaria y el 0.3% universitaria, lo que contrasta con los niveles de educación de la PEA urbana: 42.9% con primaria, 39.4% con secundaria y 13.5% con universitaria. Estas proporciones son aplicables también a la PEA joven, aunque en la zona urbana los jóvenes con educación secundaria representan un mayor porcentaje (48.3%).

Las tasas de ocupación de los jóvenes activos son sensiblemente inferiores a las del total nacional y disminuyen especialmente en el sector rural. Para 1980 la ocupación en las zonas urbana y rural tiende a igualarse, con excepción de la ocupación en los jóvenes entre 15 y 19 años, que en ambas zonas se reduce entre los dos períodos, siempre con una menor participación de la urbana. Las estadísticas existentes para lo urbano correspondientes a las siete principales ciudades del país pueden estar sobrestimando las tasas de ocupación de jóvenes, puesto que dejan fuera a grandes núcleos de jóvenes en pequeñas ciudades y en algunas capitales de provincia, uno de cuyos problemas básicos es la desocupación.

Los niveles de salarios de los jóvenes ocupados en 1980 muestran que el 37% recibía un salario inferior al mínimo, el 32% un salario mínimo y el 31% una remuneración superior. La

alta proporción de jóvenes con un salario inferior al mínimo legal se explica por el gran número de menores de edad en el mercado de trabajo, así como también por sus niveles educativos comparativamente bajos, que limitan el acceso a escalas más altas de remuneración.

Desde el punto de vista de la definición de juventud, ya sea como grupo de edad o como período de la vida que transcurre entre la socialización familiar y escolar y el ingreso al mundo adulto (entendiendo por éste al mundo del trabajo), es válido distinguir entre la juventud rural y la juventud urbana, por sus diferentes formas de inserción en el mercado de trabajo. La heterogeneidad estructural característica del proceso de desarrollo económico en el país se ha traducido en un acceso discriminatorio a los servicios básicos, especialmente a la educación, lo que afecta a la juventud de grandes grupos de población. Este fenómeno se caracteriza por enormes diferencias en el número de años de permanencia en el sistema escolar, especialmente en desmedro de los grupos rurales y marginales urbanos, que deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo para contribuir a solucionar los problemas de la reproducción familiar, amenazada por el bajo nivel de ingresos. Por eso se hace necesario describir la PEA joven como parte de la población en edad de trabajar, en cada uno de los grupos de edad, a partir de los 12 años. En 1971 el 48.3% de la población rural en edad de trabajar se encontraba dentro de la población activa. Las tasas específicas de participación para la población joven eran de 20.2% para los comprendidos entre 12 y 14 años, 42.2% para el grupo de 15 a 19 y 54.8% para los situados entre 20 y 24. Las diferencias entre los sexos eran también notables, con una mayor participación de los hombres en el grupo de edad de 12 a 24 años. En la zona urbana había una proporción similar de jóvenes en la PEA, pero las diferencias entre los grupos de edad, especialmente en los menores de 19 años, daban cuenta de la profunda desigualdad en la estructura socioeconómica entre dicha zona y la rural.

Con la enorme expansión del sistema educativo en las últimas décadas, podría haberse esperado una considerable disminución de población joven dentro de la fuerza de trabajo. En 1980, sin embargo, si bien las tasas específicas de participación de población joven en la PEA disminuyeron

para la zona urbana, la juventud rural incrementó su participación en el grupo de 15 a 24 años, y sólo disminuyó en el de 12 a 14 años, que pasó de 20.2% en 1971 a 17.9% en 1981. La población de entre 10 y 11 años en la fuerza de trabajo, no detectada en la encuesta de 1971, asciende en 1981 a 8.0%.

Evidentemente, estas cifras dan cuenta del progresivo deterioro de las condiciones de vida, especialmente en la zona rural, y de la ineficiencia interna del sistema educativo. Si se observan los datos sobre la población inactiva, la magnitud de la pérdida de la juventud como período de la vida se hace más significativa. La proporción de jóvenes en la categoría de estudiantes y de oficios del hogar por grupos de edades es así: de 12 a 14 años: 94.4% estudiantes, 1.5% oficios del hogar; de 15 a 19 años: 81.7% estudiantes, 10.3% oficios del hogar; de 20 a 29 años: 31.2% estudiantes, 58.1% oficios del hogar.

2. La ocupación de los jóvenes por sector de la producción

Al comparar las estructuras ocupacionales por sector de actividad entre 1971 y 1980, considerando los grupos de edad comprendidos entre los 15 y 29 años y los mayores de 40, y diferenciando entre lo urbano y lo rural, se obtienen las siguientes conclusiones:

a) La tendencia fundamental no es la diferenciación sino la homogeneización entre las ocupaciones de los jóvenes y lo que correspondería a la generación de los "padres". En 1971 existían varias diferencias notables, que en 1980 habían tendido a desaparecer. En 1971, la diferencia entre jóvenes y adultos dedicados a labores agrícolas en la estructura ocupacional de las ciudades era de 12.8%; en 1980, solamente de 1.4%, siempre en favor de los mayores. El crecimiento urbano ha significado que la ocupación en las ciudades sea cada vez más de tipo urbano y menos de tipo rural. Por otra parte, la diferencia entre los grupos de edad, que en el sector comercio era en 1971 de 7.3% en favor de la generación de los padres, en 1980 era de únicamente 2.3%; en el sector servicios, donde la diferencia era de 12.6% en favor de los jóvenes en 1971, ésta llega a solamente 3.2% en 1980. Las diferencias en los otros sectores permanecen prácticamente iguales o con cambios muy pequeños. Todo parece

indicar que las diferencias de ocupación por sectores que se presentan en la década del setenta están relacionadas con el momento de la transición, en que empiezan a llegar los grandes grupos de jóvenes provenientes de la "explosión demográfica", y se ubican, en ese momento del desarrollo modernizador, en sectores capaces de generar empleos especialmente aptos para recibir jóvenes en los escalones más bajos o en algunos espacios de la economía informal. En este caso, es especialmente claro que el sector de la agricultura expulsa jóvenes, y el de servicios los atrae. Posteriormente, con el cambio de situación en la transición demográfica y particularmente con el agotamiento del modelo modernizador de desarrollo, esas tendencias a diferenciar los sectores de trabajo entre jóvenes y adultos disminuyen hasta una virtual desaparición de las diferencias. Esto parece sugerir que la creación de empleos en sectores específicos para los jóvenes, que se presenta en otras sociedades de América Latina (Durston y Rosenbluth, 1983), es un fenómeno que puede pertenecer al momento del desarrollo y que posteriormente desaparece; en el caso colombiano, se presentó entre las décadas del sesenta y setenta, y ha iniciado ya su tendencia a la homogeneización.

Sin embargo, es necesario considerar otra dimensión que caracteriza la evolución del empleo en el país en la última década: la del crecimiento del sector informal urbano. Según datos del Departamento Nacional de Planeación, el sector informal urbano agrupa a un 45.6% de la población ocupada, que incluye a los trabajadores en establecimientos industriales con menos de diez trabajadores, los trabajadores por cuenta propia, los ayudantes familiares sin remuneración y el servicio doméstico.

El crecimiento de la población económicamente activa no alcanza a ser absorbido por el sector moderno de la economía; en consecuencia, el sector informal se está convirtiendo en la alternativa a la demanda insatisfecha de empleo en el sector moderno, y tiende a aumentar dada la crisis que afecta a este último. Las cifras del DNP indican que el 43.7% del empleo generado en la zona urbana del país entre 1974 y 1978 correspondía al sector informal. Dado que la rama de actividad con mayor incidencia del empleo informal es la de los servicios, cabe poner en duda la enorme importancia atribuida, como factor mo-

dernizador, a los fenómenos de terciarización que aparecieron con el modelo urbano industrial. Efectivamente, al lado de un terciario moderno representado por el Estado y los establecimientos financieros, en el que la proporción de población adulta es mayor que la de jóvenes, coexiste un sector terciario tradicional, más asimilable al subempleo, que actualmente absorbe la mayor parte de la población que no logra acceder al empleo formal. Muestra de ello es el aumento de jóvenes en el renglón de posición ocupacional de trabajadores por cuenta propia entre 1971 y 1980, que pasa de 8.9 a 14.3%.

b) En lo que respecta a la estructura ocupacional rural para 1971 (no existe información comparable para 1980) las diferencias entre edades o generaciones son menores que en la urbana y solamente vale la pena mencionar una diferencia de 5.2% de trabajo agrícola o primario en favor de los adultos y una diferencia de 4.3% en servicios en favor de los jóvenes. Esto parece sugerir que los cambios intersectoriales fueron mucho más fuertes en lo urbano que en lo rural, como parece lógico dada la naturaleza del desarrollo modernizador. Sin embargo, esta afirmación necesitaría confrontarse con la estructura ocupacional rural de 1980.

3. El desempleo de los jóvenes

Las tasas de desempleo de los jóvenes son siempre superiores a las de los adultos, y las diferencias entre las tasas nacionales y las de los grupos jóvenes se acercan al doble al comparar datos de 1971 y 1980. Por otra parte, cuando se comparan las tasas nacionales específicas de desempleo para lo urbano y lo rural y por sexo, se obtienen los siguientes resultados: a) las tasas de los jóvenes urbanos duplican las nacionales urbanas para hombres; b) las tasas de las mujeres jóvenes urbanas son mayores que las totales para mujeres urbanas, pero su distancia es menor que en el caso de los hombres; c) las tasas de desempleo de los jóvenes (hombres y mujeres) rurales son más elevadas que las de los adultos rurales, y se aproximan (como tendencia) también al doble en los jóvenes con relación a los totales nacionales; d) el desempleo urbano de los jóvenes era muy elevado en 1971 (17.7% y 18.1% para hombres y mujeres, respectivamente) y se redujo levemente

en 1980, a 13.2% y 16.9%. El desempleo de los jóvenes rurales, en cambio, ha aumentado y aunque el de los hombres es relativamente bajo (3.6% y 5.1% en 1971 y 1980) el de las mujeres es extremadamente elevado (18.1% y 24.1% para los dos años).

Las tasas de subempleo son también más elevadas para los jóvenes que para el total de la población, especialmente en el caso de los hombres; las mujeres jóvenes siguen la tendencia de la población femenina total. Los hombres jóvenes tienen tasas de 21.4% para el grupo entre 15 y 19 años y de 20.2 para el grupo de 20 a 29 años, mientras el total de la población llega a 17.3%. Las mismas tendencias se registran al considerar el subempleo visible o invisible.

La comparación de la evolución de la estructura del desempleo de los jóvenes y de los adultos permite señalar tendencias muy claras. En 1976, el grupo de edad entre 12 y 29 años incluía el 75.8% del total de desempleo nacional; en 1980, esta proporción ascendía al 81.2%. El empleo en los adultos aumentó para el mismo período, lo que da cuenta de la dificultad de acceso al empleo formal para los jóvenes, ya que los nuevos puestos de trabajo son llenados casi siempre por población adulta. Asimismo, las bajas escalas de remuneración chocan contra las expectativas creadas por la educación, lo que lleva a que grandes grupos de jóvenes salgan de la estructura del empleo formal y busquen insertarse en otras formas de empleo. La alta tasa de subempleo para 1980 (15.4%) corresponde en el 80.2% a los bajos ingresos y en el 11.6% a la subutilización. A su vez, los promedios más altos de tiempo buscando trabajo los tiene la población joven. En 1980 el 42.7% de los desocupados entre 15 y 19 años y el 37.6% entre 20 y 29 años llevaban más de cuatro meses buscando trabajo.

4. Educación y desempleo

En Colombia ha perdido mucha de su vigencia la relación entre mayor educación, mejor empleo y más alta remuneración, postulada por el modelo de desarrollo a través de la modernización. La expansión educativa y la crisis de la industria han introducido una serie de transformaciones en el significado social de la educación. Aunque los

sectores que planifican la educación la siguen pensando sobre todo en términos de capital humano y de productividad económica, así como de garantía de un empleo, todo parece indicar que esta función económica de la educación ha sido un fenómeno propio de un momento del desarrollo modernizador, y que su sentido empieza a cambiar.

Para 1964, época de auge del desarrollo del modelo urbano industrial, la relación positiva entre nivel educativo y empleo era muy clara. La mayor tasa de desempleo correspondía a la población analfabeta (23.7%); a la población con secundaria correspondía una tasa del 13.5% y a los universitarios una de 10.8%. Sin embargo, en un trabajo realizado en la Asociación Nacional de Instituciones Financieras (ANIF) sobre empleo y educación universitaria se indica que entre 1976 y 1978 el desempleo según nivel educativo no seguía la misma tendencia. Por el contrario, las tasas más bajas de desempleo se encontraban entre los que no tenían ninguna educación o solamente tenían nivel primario (5.2% y 7.9%, respectivamente). El segundo lugar era ocupado por los que contaban con educación universitaria o normalista (8.3% y 9.5%), mientras que los más altos índices de desempleo correspondían a los que tenían educación secundaria de bachillerato (12.6%) y educación secundaria técnica (21.0%). Es especialmente notable, como indicador de agotamiento del modelo urbano industrial, el alto índice de desempleo de técnicos especializados (Chiappe y Toro, 1978).

Tras la baja tasa de desempleo de profesionales que se ha presentado en los últimos años se oculta un problema creciente de subempleo, que afecta en mayor grado a los profesionales de los estratos bajos y medios con estudios en universidades no elitistas. El subempleo de los profesionales se caracteriza por el desplazamiento hacia ramas de actividad diferentes a las que corresponderían a su capacitación profesional, por el desplazamiento dentro de la categoría ocupacional y por el aumento del trabajo temporal, especialmente en la rama de servicios comunales, sociales y personales.

En 1980 las tasas de desempleo eran más elevadas en las ciudades, y mucho mayores para las mujeres que para los hombres. Las tasas más altas seguían afectando a los que contaban con

educación secundaria. Las cifras de 1981 a 1983 muestran diferencias notables de las tasas de desempleo por ciudades. Las tasas de desempleo

para personas con educación superior, 11.3% en el total general, y en el caso de las mujeres 14.7%, pueden considerarse muy altas.

III

La participación política

La participación política es uno de los campos en que se aprecia con mayor claridad que el concepto de juventud, aceptado y enaltecido en el plano teórico, carece de sentido cabal en la práctica. El primer indicador de este fenómeno es la casi total ausencia de estudios sobre la vida política de la juventud, sobre su participación, su liderazgo, sus valoraciones y actitudes, y la falta de programas para lograr su inserción en la política nacional. Se revisarán enseguida, recogiendo información parcial de diferentes estudios dedicados a la política general, tres aspectos centrales de la vida política de la juventud colombiana: a) su votación; b) su participación en partidos políticos, y c) su socialización política.

Todos los estudios electorales realizados en el país afirman que la abstención electoral de los jóvenes es muy alta, y mucho mayor, además, que la de los adultos. Así, en las elecciones de 1968 en Cali la abstención de los jóvenes entre 21 y 25 años fue del 74% (Mc Camat y otros, 1968). Esta misma tendencia se aprecia para Bogotá en las elecciones de 1972 y 1974 (Losada y Murillo, 1973; Murillo y Williams, 1975; Losada y Williams, 1972). En 1978, la abstención nacional de los jóvenes entre 18 y 20 años fue del 75% y en 1980 el 82% de jóvenes entre 18 y 24 años no votaron (Losada, 1981). Un estudio realizado por el Grupo Social de la ANIF intentó esclarecer las causas de esta conducta y encontró que solamente el 19.3% de los jóvenes entre 18 y 24 años se abstenía por rechazo al sistema social; el 50.3% lo hacía por indiferencia política. Al mismo tiempo, el 40% de los jóvenes afirmaba que los problemas que vivía el país eran puramente políticos, mientras que el 68.3% demostraba gran desconocimiento de la organización política local y nacional (ANIF, 1981). Otra investigación realizada por el Departamento de Ciencia Política de la

Universidad de Los Andes mostró que los jóvenes tienen mala imagen de las instituciones políticas del país. En efecto, solamente el 2.5% opinó que los resultados electorales representan la opinión de la mayoría del electorado, mientras el 89.1% dio una imagen negativa de los parlamentarios, ejemplificada con vocablos como "deshonestos", "ineficaces", "improductivos" (Latorre y Murillo, 1982).

La participación femenina en política, de acuerdo con el trabajo de Patricia Pinzón de Lewin sobre datos electorales entre 1958 y 1974, permite obtener las siguientes conclusiones: la mujer participa en un grado bastante inferior al hombre en política; vota menos, participa menos en organizaciones políticas o partidarias y su participación tiende a ser mayor entre las adultas y en las mujeres de clase social más alta. El fenómeno parece ser muy similar entre los sexos, sólo que mucho más acentuado en las mujeres (Pinzón de Lewin y Rothlisberger, 1977). Algunas cifras pueden dar de esto una idea más clara: en las elecciones de 1974 la abstención total masculina fue de 24.3% y la femenina de 45.7%, mientras que para las mujeres entre 21 y 24 años la abstención llegó al 67%, proporción que disminuye, con el aumento de edad, hasta el 31% para las mujeres entre 45 y 49 años.

Por otra parte, la pertenencia o identificación con un partido político sigue líneas claras cuando se comparan la edad y la naturaleza de los partidos: el 44.8% de los jóvenes entre 18 y 24 años siente pertenecer a alguno de los partidos tradicionales colombianos (liberal y conservador), mientras que de las personas entre 45 y 64 años el 82.2% está en la misma situación. El 4.3% de los comprendidos entre 18 y 24 años se identifica con partidos de oposición, y el 1.9% hace lo mismo en el grupo de edad comprendido entre

45 y 54 años. Sin embargo, el fenómeno realmente significativo es el alto porcentaje de jóvenes (48.8%) que no se identifica con ningún partido; en comparación, en el grupo adulto (45 a 64) solamente el 15.5% no declara pertenencia partidaria (ANIF, 1981). Según los resultados de este mismo estudio, los jóvenes entre 18 y 24 años muestran una participación prácticamente nula en asociaciones de distinto género, baja audición de radio y atención a televisión, muy reducida lectura de periódicos y una aún más reducida atención, dentro de estos medios, a programas o noticias que puedan considerarse políticos.

En un estudio llevado a cabo entre estudiantes universitarios, el 22% manifestó no tener identificación partidaria, y el 90% no militaba en ninguna agrupación o partido. Estos datos son muy significativos si se considera que entre los jóvenes colombianos el ambiente universitario es el que ha propiciado más la participación política de diferentes tipos, especialmente en los grupos de izquierda. Con esto se plantea un cuadro en el que los jóvenes no creen y no participan en los partidos políticos tradicionales, y en que hay ausencia de otras agrupaciones políticas, partidarias o no, que llenen ese vacío. A su vez, se encuentra un grado muy alto de ignorancia sobre la organización política nacional por parte de la juventud (Latorre y Murillo, 1982).

La conducta electoral de la juventud es sin embargo solamente una expresión de participación formal en la vida democrática del país. Su notable abstencionismo, su desinterés, su desconocimiento de la organización política nacional tiene causas más profundas, hunde sus raíces en fenómenos sociales de la mayor trascendencia para la definición del papel de la juventud, y para poder hablar de la juventud como un grupo humano integrado o marginal en la vida colombiana. Enseguida se presentan sucintamente algunos de los fenómenos más importantes que inciden en la participación política de la juventud.

a) Los cambios en la familia, que se llevaron a cabo conjuntamente con los procesos de urbanización e industrialización y con las intensas oleadas migratorias de lo rural a lo urbano y entre regiones, han producido efectos de desarraigo y pérdida de la identificación política partidista, tradicionalmente ligada a bases ecológicas y a tradiciones familiares. La distancia generacional entre los padres, que vivieron la efervescencia

del modelo social basado en la industrialización y la urbanización de la economía, y los hijos, que crecen ahora en medio de la ausencia de un modelo claro, de un objetivo social nacional, se expresa claramente en el desinterés de las nuevas generaciones por los lineamientos políticos tradicionales. Algunos estudios así lo demuestran: estudiantes universitarios que en un 90% no militan en ningún partido afirman que sus padres pertenecen en un 87% a los partidos tradicionales, liberal y conservador (Latorre y Murillo, 1982). Por otra parte, el estudio mencionado sobre la participación política femenina muestra que la abstención de las mujeres jefes de hogar (42%) o compañeras (45%) es inferior a la abstención de las mujeres que en la familia ocupan posición de hijas (51%) u otro pariente (54%) (Pinzón de Lewin y Rothlisberger, 1977). A pesar de que el ambiente familiar podría conducir, como lo ha hecho tradicionalmente en Colombia, hacia un patrón de votación y de identificación política, los cambios que ha experimentado con el desarrollo histórico del país han creado una diferencia generacional muy significativa en la participación política de padre e hijos. La familia ha perdido buena parte de su capacidad de ente socializador en la vida política, de ente transmisor de una idea de sociedad que sea aceptable a las nuevas generaciones.

b) Por lo menos un estudio muestra que no existe asociación entre la educación y el ejercicio del sufragio (Pinzón de Lewin y Rothlisberger, 1977). Este fenómeno es un indicador muy importante de la naturaleza de la educación. La socialización política que imparte la escuela, según parece, no conduce a la participación en las jornadas electorales. Es muy posible que la naturaleza autoritaria de las relaciones sociales y pedagógicas que se establecen en las aulas y en el gobierno institucional de las escuelas genere apatía y escepticismo sobre la sociedad y las posibilidades reales de acción dentro de ella. Es, también, muy probable que la idea de sociedad que se transmite a través de las materias de Ciencias Sociales conduzca a la apatía política debido a su inadecuación a la realidad que el estudiante vive. Esto parece más claramente cierto en lo que respecta a la enseñanza de la historia basada en héroes, cuyo sistema de valores y visión del mundo no tiene mucho que ver con los problemas que plantea el mundo contemporáneo a los jóvenes.

Aun los movimientos estudiantiles universitarios, que tuvieron tanto auge en la década de los sesenta y primera parte de los setenta, han reducido su efecto a la conformación de pequeños partidos de izquierda, sin poder de atracción para los jóvenes, o de grupos que toman el camino de la guerrilla. En términos generales, se ha generado una gran apatía política en los estudiantes universitarios (Leal, 1982).

c) Los partidos políticos tradicionales no han formulado programas estables y duraderos para la juventud, a pesar de que declaran la importancia de ese estrato de población, especialmente en épocas de elección. Algunos partidos de izquierda han diseñado este tipo de programas, pero el escaso acceso que tienen a los mecanismos del Estado impide que éstos vayan más allá de las urgencias proselitistas. A esta situación habría que añadir el efecto despolitizador del Frente Nacional, una de cuyas metas políticas fue la disminución del clima de acrimonia política entre los partidos tradicionales que había conducido a la violencia (Guzmán y otros, 1962). Los partidos políticos colombianos sólo se organizan de manera ampliada en épocas electorales, y no ofrecen un campo de acción continuo en que

puedan participar los jóvenes, formarse como cuadros y vincularse de una manera más orgánica. La función de institución socializadora política por excelencia que tienen los partidos políticos en otras democracias no se da en Colombia, y la juventud no ve muy claro cuál puede ser su papel en ellos, no solamente en lo que se refiere a una concepción del poder dentro de la sociedad y a la formulación de planes y programas que definan un propósito partidista claro y atractivo, sino también en cuanto a su inserción en ellos, fuera de su papel temporal de agitadores en épocas electorales.

La poca participación política de la juventud colombiana parece desprenderse de dos tipos de fenómenos y de su interrelación. El primero es la ausencia de una meta nacional, de un propósito que le dé un sentido a la acción del Estado y de los partidos políticos y dentro del cual los jóvenes se vean como parte integral; la ausencia de un plan que defina hacia dónde va la sociedad, equivalente a la idea de industrialización, urbanización, modernización de los años cincuenta y sesenta. El segundo es la consecuente pérdida de poder socializador de las instituciones sociales creadas con tal fin, como la familia, la escuela y los partidos políticos.

IV

Las migraciones

Varios analistas se han referido a los procesos migratorios colombianos como una forma de exilio económico (Cardona y otros, 1980). Para aclarar el verdadero sentido de esa noción de exilio económico, habría que distinguir tres tipos de migraciones. Las internas, en primer lugar, son fundamentalmente los movimientos poblacionales entre regiones y de lo rural a lo urbano. Estas reflejan los cambios muy frecuentes en los polos de desarrollo del país, y en sentido estricto no pueden denominarse exilio, si se excluyen las migraciones causadas por la violencia en sus diversas manifestaciones. Un segundo tipo de migración es la que se dirige a países vecinos, especialmente a Venezuela, Ecuador y Panamá don-

de, por temporadas, se han creado mercados de trabajo más amplios y remunerativos. Dicho ciclo de migración tiene muchos aspectos estacionales e implica, en todo caso, un regreso al país. Un tercer tipo de migración se ha llevado a cabo tradicionalmente hacia Estados Unidos, y tiene carácter más definitivo.

Interesa a este trabajo mirar los dos tipos de migración al exterior, por cuanto sirven de válvula de escape a los problemas del empleo y, en algunos casos, son formas de búsqueda de horizontes culturales más amplios. Colombia no ha sido siempre un país exportador de población; por el contrario, hace treinta años venezolanos y ecuatorianos migraban a Colombia. Hoy ese pro-

ceso se ha revertido de manera dramática, y solamente la crisis de la economía petrolera de Venezuela y Ecuador ha logrado disminuir la cantidad de migrantes.

Contrariamente a lo que podría pensarse, no migran a Venezuela los desempleados colombianos, sino obreros, jornaleros y empleados con salarios bajos, en su gran mayoría jóvenes menores de 30 años. El 75% de los migrantes han nacido en ambientes urbanos o han migrado hace mucho tiempo a ciudades grandes. El 40% de ellos han cursado educación primaria, el 10% son analfabetos y el 50% tienen educación secundaria. De estos últimos, el 40% ha estudiado en el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), un instituto oficial para la formación de obreros especializados. Esto hace suponer que las migraciones de jóvenes a Venezuela han sido abundantes, y que en esa corriente migratoria se pueden diferenciar por lo menos dos grandes grupos. El primero está compuesto por jóvenes en situación característica de marginalidad urbana, posiblemente de familias migrantes de los campos a la ciudad, con educación primaria muy posiblemente incompleta o analfabetos, que conforman los contingentes más explotados en Venezuela, especialmente en trabajo agrícola o en las colocaciones laborales menos deseables en las ciudades (Gómez y Díaz, 1983). Un segundo grupo de jóvenes parece migrar a Venezuela en mejores condiciones, teniendo en cuenta que han tenido una mayor experiencia laboral en Colombia, educación secundaria y, en por lo menos la mitad de los casos, formación técnica especializada de buen nivel.

Tal vez el aspecto que define las migraciones a los países vecinos, también en desarrollo, en comparación con otras migraciones de colombianos al exterior, es la fuerte tendencia al retorno. Es decir, estas migraciones se constituyen en fenómenos estacionales, de diferente duración según sea la forma de vinculación laboral en Venezuela, pero en su inmensa mayoría con un retorno al lugar de origen. El retorno es, por otra parte, un elemento que define el proyecto mismo desde su concepción. En efecto, por lo general no migran familias sino individuos que, en un 80% de los casos, poseen casa con servicios básicos en Colombia, envían periódicamente parte de sus ingresos, y al regresar traen pequeños capitales que invierten en el mejoramiento de sus vivien-

das, en cubrir los déficit de salud y educación de sus familias, y en la construcción de talleres artesanales o tiendas vecinales.

Los estudios realizados sobre las migraciones de colombianos a Panamá, Ecuador y, especialmente, a Venezuela, permiten señalar que las migraciones hacia los países vecinos sirven de válvula de escape para los nudos gordianos del desempleo, el subempleo y los bajos salarios que ha generado la forma de desarrollo colombiana. En este sentido, crean una forma temporal de exilio económico, utilizado fundamentalmente por grupos marginales y de obreros y empleados cuyos ingresos familiares resultan insuficientes y deben ser complementados con la adquisición de excedentes de los salarios conseguidos en moneda más fuerte en el exterior.

El trabajo juvenil en el mercado interno ha sido el mecanismo por medio del cual se ha suplido la insuficiencia de los salarios para el mantenimiento de la fuerza de trabajo, y las migraciones a países vecinos son otra forma de vinculación laboral de la juventud; de alguna manera, son también expresión de cómo se acorta la juventud en los grupos bajos de la población.

En la decisión de migrar que se plantean los jóvenes colombianos hay cuatro fenómenos que se relacionan con la marginalidad estructural del país: el desempleo y el subempleo, los bajos salarios, la necesidad de complementar los ingresos familiares para mejorar el nivel de vida, especialmente en lo que se refiere a la vivienda, la salud y la educación, y la urgencia por ingresar a la economía informal como vía para crear de manera más estable mecanismos que produzcan ingresos para mantener el nivel de vida. El ingreso a la economía informal es necesario no solamente para los jóvenes que se mueven dentro del círculo del desempleo y el subempleo o de las ocupaciones típicamente marginales, sino también para los que han sido capacitados para desempeñarse en el corazón de la economía, como los obreros especializados, debido al creciente desempleo industrial y a los bajos salarios que ha generado la crisis de la industria.

Las migraciones de jóvenes a países vecinos con objetivos laborales son entonces una expresión de la doble manera en que la sociedad marginaliza a sus jóvenes: obligándolos a trabajar durante la época definida como juvenil, privándolos así del derecho a la juventud y, de otro

lado, y contradictoriamente, negándoles empleo remunerativo, con lo cual los traslada a las filas de la marginalidad estructural adulta.

Entre 1951 y 1977, el 27.5% de los sudamericanos admitidos como inmigrantes en los Estados Unidos eran colombianos. Pero tal fenómeno migratorio no ha sido estable en el tiempo: si se contabilizan los inmigrantes a Estados Unidos desde 1936, puede observarse que entre 1936 y 1945 migró solamente el 1.3%; entre 1946 y 1955, el 6%, mientras entre 1956 y 1965 se trasladó el 34.7%, y en la siguiente década el 58%. Es decir, entre 1956 y 1977 han migrado legalmente a Estados Unidos el 92.7% de los migrantes colombianos del período considerado. Esto, por supuesto, no toma en cuenta el rápido crecimiento de inmigrantes ilegales (Cardona, 1980). De este caudal migratorio de las dos últimas décadas, el 49% eran jóvenes entre diez y veintinueve años. Si a estos se les suma los menores de diez años, llegan a representar el 68.4% de los migrantes.

Las migraciones de colombianos a Estados Unidos son muy diferentes de las que se dirigen a los países vecinos. Tal vez sus principales puntos en común sean la alta proporción de jóvenes que las conforman y su carácter de búsqueda de soluciones a los problemas económicos y culturales que les plantea el país. Por lo demás, sus características ocupacionales y educativas son muy distintas. El 61% son menores de 14 años, amas de casa, estudiantes o retirados. Entre los que trabajan, la categoría de mayor peso es la de profesionales y afines (8%) seguida por las de artesanos (6.9%), oficinistas (6.5%) y obreros calificados (6.2%). Los grupos menos representados parecen ser los de menor calificación laboral: empleados domésticos, trabajadores de servicios, vendedores, obreros no calificados (Cardona, 1980). El 14.5% de los inmigrantes a los Estados Unidos

tienen escuela primaria completa o incompleta; el 43.5% han hecho estudios secundarios completos o incompletos, el 29.1% han realizado estudios de nivel universitario y el 2.9% cuentan con postgrados. Por otra parte, la tendencia general es a que migren familias, no individuos, y a que la idea de retorno sea conflictiva; aunque se desea y se habla de ella, pocas veces se realiza, y la migración suele convertirse en definitiva.

Es necesario distinguir dos tipos de migraciones de jóvenes a los Estados Unidos. Una primera ola estuvo formada fundamentalmente por profesionales que buscaban mejores oportunidades laborales, y fue denominada "fuga de cerebros". Estuvo constituida por jóvenes típicamente no marginales, situación que fue y sigue siendo objeto de varios estudios y planes de retorno auspiciados por el gobierno colombiano. En una segunda ola, además de personas con estudios universitarios y técnicos migran familias, y un grupo importante de jóvenes no educados en el mismo nivel del grupo anterior. Entre ellos cabe destacar los inmigrantes ilegales a Estados Unidos, que comprenden grupos de clase media, de clase media baja y algunos de extracción obrera, pero difícilmente marginales en su origen colombiano. Más que la marginalidad, los bajos salarios, el subempleo y las pocas posibilidades de progreso económico y cultural parecen ser los móviles directos de la migración. Con respecto a la llamada "fuga de cerebros", cabe anotar la restricción del mercado de trabajo colombiano, que está generando desempleo entre profesionales. Esto puede ser una explicación para este fenómeno tan marcado en la sociedad colombiana, especialmente entre profesionales de la salud (24.5%), ingenieros (13.3%), docentes (13.8%), técnicos (17.6%) y auditores y contadores (9.5%) durante el período comprendido entre 1954 y 1976 (Cardona, 1980).

V

Juventud y educación

Los jóvenes colombianos correrán la suerte que corra la sociedad colombiana en su futuro. La mayoría de las circunstancias que se han mencionado en este trabajo se refieren a la sociedad como un todo, y no son específicas de la juventud, pero conforman un marco fuera del cual el problema de la juventud no podría entenderse. Cabe considerar, sin embargo, un asunto global que sí atañe directamente a la juventud y a su manera de insertarse en la sociedad, que es de primordial importancia, y sobre el que puede obrarse de manera específica con miras a convertirlo en una herramienta eficaz para mejorar la capacidad de participación de la juventud y su papel de agente y protagonista del cambio social: se trata de la educación.

Pensar la educación colombiana actual para llevar a cabo cambios de significación y provecho implica tener en cuenta, entre otros, los siguientes puntos:

a) El hecho más evidente de la relación entre la educación y la sociedad colombiana es actualmente la desconexión entre una y otra. Con la modernización, la educación adquirió un significado económico que antes no tenía, una vinculación con la producción y el empleo, una identificación con la productividad, el mejoramiento de los ingresos individuales y el desarrollo. Por eso se le dio tanta importancia a la parte económica de la educación, a esa función social y a su planificación. Con la crisis del modelo modernizador, sin embargo, la educación está empezando a perder en buena parte sus funciones predominantemente económicas. Conviene pues considerar este hecho y revalorar otras funciones de la educación, las que, sin desaparecer durante el auge modernizador, habían pasado a un segundo plano. Entre esas funciones están todas las que se refieren a la calidad, entendida no en términos de rendimiento escolar, sino en términos de capacidad para generar un entendimiento del mundo, de la sociedad, del individuo. Sería de suma importancia equilibrar, tanto en la planeación como en la imagen que la población colombiana joven y adulta tiene de la educación, la idea

de que ésta es un pasaporte al empleo, a los altos ingresos y a la movilidad social, con la noción de que constituye una forma de buscar el conocimiento para el crecimiento personal y social, una forma de conocer mejor la propia comunidad y la propia sociedad, para participar más eficientemente en ella, para ser protagonista de su gobierno y de la forma que tome.

b) Las consideraciones anteriores llevan a repensar la conveniencia de seguir definiendo la educación colombiana en términos de una extrema diversificación, tanto a nivel secundario como superior, lo que prácticamente crea carreras y especialidades como respuesta a los movimientos de la demanda. En ese sistema, la educación se ha transformado en un instrumento al servicio de la demanda, y ha terminado formando "tecnólogos" incapaces de ver la totalidad de los fenómenos. Se ha generado así una concepción altamente compartimentalizada que ha creado una oposición entre la escuela y el mundo, o por lo menos ha puesto a la escuela de espaldas al mundo. Esta orientación profesionalizante, esencialmente utilitaria, ha tendido a formar un hombre dogmático, autoritario, porque sus conocimientos son esencialmente parciales y especializados; desconoce la multiplicidad y la complementariedad del saber y la insuficiencia de un conocimiento particular, y no puede alcanzar el ejercicio del pensamiento científico. El eje de este tipo de orientación educativa es la formación para una sociedad estática, para un modelo de sociedad cuyos cambios más importantes consistirían en las variaciones de la demanda de cierto tipo de recursos humanos.

c) Es entonces conveniente pensar en las posibilidades de una educación cuyo centro esté constituido por los problemas que plantea la calidad, y no por la respuesta a las necesidades de recursos humanos inmediatos. Un tipo de educación para una sociedad cambiante, para una sociedad sin modelo, que forme un hombre que pueda enfrentarse a cualquier tipo de futuro y no un hombre cuadrado para un solo tipo de sociedad, poseedor de una capacidad de pensa-

miento científico, y no abrumado por el peso de una información específica que no le sirve para entender el mundo cambiante e inesperado que lo rodea, un hombre que pueda enfrentar imaginativamente una sociedad en crisis, que pueda desempeñarse en medio de valores contradictorios, y no un hombre programado para una sola forma de ver la vida. Es decir, un hombre preparado para participar en una sociedad democrática cambiante.

d) Este tipo de hombre no está siendo formado por la escuela colombiana actual, considerando tanto la planeación de la educación diversificada y enfocada hacia el empleo como la organización social de las instituciones escolares. La tendencia de la escuela colombiana actual no es enseñar a pensar, sino a almacenar información en buena parte irrelevante. No enseña a relacionar la teoría con la práctica, a aplicar lo teórico en la solución de los problemas con que se enfrenta el joven, a crear conocimiento. La escuela colombiana tiende más a matar la imaginación que a incentivarla. Está llevando a cabo así una expansión cultural de poca calidad, que genera consecuentemente una democracia de poca calidad.

Por encima de todo, sin embargo, la escuela colombiana está formando hombres para una

forma de sociedad y para un tipo específico de desarrollo que están ya en crisis; ese mismo hecho agrava la crisis que viven la juventud y la sociedad misma, porque la educación no se constituye en una herramienta útil y válida para enfrentar el futuro. En muchos casos, como se ha mostrado en este informe, tampoco cumple esta función para el presente.

e) Un cambio educativo del tipo descrito implica necesariamente una formación para lo social: un énfasis especial en conseguir que los estudiantes aprendan a estudiar su sociedad, a analizarla como realmente es, a criticarla, a participar en su futuro y en el moldeamiento de su naturaleza social. Se trata de concebir la educación como una herramienta de participación en la democracia, en la vida política nacional, y no como un elemento marginalizador, excluyente, estratificador. Un cambio de concepción de este tipo, un drástico mejoramiento de la calidad, el acceso a la educación de los grupos que ahora están fuera del sistema, de los grupos marginales urbanos y campesinos, es un instrumento indispensable para lograr la integración por medio de la participación de la juventud colombiana, y la mejor manera previsible de ofrecerle un futuro que ella misma ayudará a conformar.

Bibliografía

- ANIF (Asociación Nacional de Instituciones Financieras), Grupo Social (1981): *Democracia sin participación*. Bogotá: ANIF.
- Cardona, R., y otros (1980): *Exodo de colombianos*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Chiappe, M.L., y María Eugenia Toro (1978): Desempleo y educación universitaria y técnica. *Empleo y desempleo* N° 9 y 10. Enero-junio, Bogotá.
- DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística) (1984): *Encuesta nacional de hogares, 1981-1983*. Bogotá: DANE.
- DANE - DNP - PAN (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, Departamento Nacional de Planeación, Plan de Alimentación y Nutrición) (1981): *Encuesta nacional de hogares, alimentación y vivienda*. Bogotá: DANE, DNP, PAN.
- Durston, J., y Guillermo Rosenbluth (1983): *Procesos de cambio en la estructura socio-ocupacional panameña (E/CEPAL/SEM. 10/r. 10)*. Santiago: CEPAL.
- Gómez, A., y Luz Marina Díaz (1983): *La moderna esclavitud: los indocumentados en Venezuela*. Bogotá: Oveja Negra-Fines.
- Guzmán, G., y otros (1962): *La violencia en Colombia*. Bogotá: Iqueima.
- Latorre, M., y G. Murillo (1982): *Consideraciones sobre la participación política y electoral, la percepción política y el liderazgo de la juventud colombiana*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Leal, Francisco (1982): *Juventud universitaria y participación política*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Losada, R. (1978): El significado político de las elecciones de 1978 en Colombia. *Coyuntura económica*, Vol. VIII, N° 2. Agosto.
- Losada, R., y M. Williams (1972): Análisis de la votación presidencial en Bogotá, 1970. *Colombia política*. Bogotá: DANE.
- Losada, R., y Gabriel Murillo (1973): *Análisis de las elecciones de 1972 en Bogotá*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Mc Camat, J., y otros (1968): *Las elecciones del 17 de marzo de 1968 en la ciudad de Cali*. Cali: Universidad del Valle.
- Murillo, G., y M. Williams (1975): *Análisis de las elecciones presidenciales de 1974 en Bogotá*. Bogotá: Universidad de Los Andes.
- Pinzón de Lewin, P., y Rothlisberger, Dora (1977): Participación política de la mujer. *La mujer y el desarrollo en Colombia* (León de Leal y otros). Bogotá: ACEP.